

po con los dientes su cota de malla, á fin de no dejar aquel trofeo al enemigo.

Héle, pues, en marcha para perderse en ese bárbaro y belicoso caos que se llama la Galia y que tan en consonancia está con su genio.

Veamos lo que harán durante su ausencia Ciceron, desterrado, Pompeyo, despopularizado, y Clodio, rey momentáneo del populacho.

II

Ya hemos dicho cómo habia partido Ciceron.

Muchos presagios,—sin duda se recordará la influencia que estos tenian sobre los romanos, los cuales en todas las cosas veian alguno,—habian indicado que el destierro no seria largo.

Cuando se embarcó en Brindis para Dirrachium, el viento, que al principio habia sido favorable, cambió, y lo tornó al dia siguiente al punto de donde habia partido.—Primer presagio.

Volvió á hacerse á la mar, y entonces el viento lo llevó al punto de su destino; pero en el momento que ponía el pié en la orilla, el suelo tembló y la mar se retiró ante él.—Segundo presagio.

Sin embargo, cayó en un profundo abatimiento. El, que decia sin cesar, cuando lo llamaban orador:

“Llamadme filósofo,” se volvió melancólico como un poeta, como Ovidio desterrado entre los tracios.

“Pasaba la mayor parte del tiempo, dice Plutarco, muy afligido, casi desesperado, mirando hácia Italia, como haria un amante desgraciado.”

La melancolía, esa musa enteramente moderna, sospechada por Virgilio, es una cosa tan rara entre los antiguos, que casi estábamos por traducir una carta de Ciceron á su hermano Quinto, la cual muestra al gran orador bajo un punto de vista completamente desconocido.

Esa carta podria llevar muy bien la firma de Andrés Chenier ó de Lamartine, y está fechada en Tesalónica el 13 de Junio del año 696 de Roma.

Héla aquí:

“Hermano mio: ¿Cómo es eso? porque te envío esclavos sin carta mia me crees enojado contigo! Dices que no te puedo ver. ¿Es posible que me creas enfadado contigo, hermano mio, ¿lo crees así? ¿quién sabe? Tal vez eres tú quien ha dado motivo para que me enoje contigo! Tus enemigos han de ser quienes han tratado de quebrantar nuestras relaciones! Puede que sean tus celos los que han causado mi destierro! No soy yo causa de tu ruina; hé aquí la causa de mi tan decantado consulado! Me ha quitado á mis hijos, á mi patria; se ha llevado mi fortuna y me ha alejado de tí; si tan solo hubiera sido yo la

víctima, no me quejaria. Todo cuanto tengo de bueno y de noble, te lo debo á tí. ¿En cambio que te he dado á tí? El duelo de mis pesares, angustias, tristeza y la soledad. Ya no quiero verte! Soy yo quien no quiero que me veas, porque si me vuelves á ver, no será ya al que has dejado, el que has conocido, el que lloraba al despedirse de tí cuando tú tambien llorabas; de aquel hermano, querido Quinto, ya no me queda nada sino su sombra, la imágen de un muerto que respira. ¿Por qué no me habré muerto? Por qué no te habré dejado despues de haber perdido vida y gloria? ¡Válganme los dioses! Tenia ya un pié en la tumba cuando sentí una voz que me llamaba. Se me decia que una parte de tu vida descansaba en la mia. ¡Quise vivir!

“Hé aquí por dónde hé pecado, hé aquí cuál es mi crimen. Si me hubiera dado muerte como tenia intencion, te dejaba una memoria fácil de defender. Ahora hé cometido esa falta de que viviendo, te hago falta, y viviendo yo tienes que valerte de otros; mi voz que tantas veces ha defendido á estraños, te falta á tí, amagado de algun peligro. Si han ido á verte mis esclavos sin llevarte cartas, no me digas que es la cólera que ha motivado tal omision; dí mas bien que es el abatimiento, aquella suprema debilidad motivada por las lágrimas y el dolor. Esta misma carta que estoy escribiendo, la estoy empapando

con mi llanto; y así que la recibas tú, tus lágrimas la mojarán también leyéndola. ¿Me es posible acaso pensar en tí sin que las lágrimas humedezcan mis párpados? ¿Y cuando echo menos á mi hermano, es acaso á mi hermano á quien tan solo echo menos? No. Echo menos la ternura de un amigo; la ternura de un hijo y la tierna solicitud de un padre. Qué dicha hemos probado en este mundo yo sin tí y tú sin mí. ¡Ah! al mismo tiempo de que te estoy llorando, no lloro también por mi hija Tulia? ¡Qué candor! ¡qué talento! ¡qué piedad! Mi hija, mi retrato, mi voz, mi alma toda; y mi hijo, mi hijo tan bello, tan apuesto, tan amable; mi hijo á quien he tenido la barbarie de arrancar á mi cariño. ¡Pobre niño! con mas penetracion de la que hubiera querido que tuviera, y que comprendia toda la estension de mi desgracia.

“Y tu hijo, tu imágen á quien un Ciceron ama como á un hermano y respeta como hermano mayor. No me he separado de la mas desdichada de las mujeres, de la mas fiel de las esposas? á quien no he podido llevar conmigo, para que quedara álguien que velara por el resto de mi fortuna, y pudiera proteger á mis pobrecitos niños. Y con todo, siempre que hé podido te hé escrito. Hé dado cartas para tí á Filogono tu liberto, y supongo que á estas horas las hayas recibido. En aquellas cartas te rogaba y su-

plicaba hicieras lo que te habia encargado de palabra por mis esclavos, es decir, que te vinieras á Roma lo mas pronto posible. Cuando llegue este caso, deseo una salvaguardia, en el caso de que nos queden enemigos cuya crueldad hubiéramos tenido la desgracia de no poder aplacar. Si ahora tienes un valor que yo no tengo, máxime cuando me has tenido por tan fuerte, asegúrate para la lucha que vamos á emprender. Si me es dable todavía esperar algo, espero que tu hombría de bien, el amor que te profesan tus conciudadanos, y tal vez la compasion que inspira mi desgracia, te protegerán.

“Si exagero el peligro que corres obra en obsequio mio conforme juzgues que debas obrar. Muchas personas me han escrito sobre el particular, y muchas me dicen que espere los acontecimientos; pero ¿qué hé de esperar cuando veo á mis enemigos tan poderosos y que de mis amigos unos me han abandonado y otros me han vendido? ¿No temen todos mi regreso como una expiacion de su negra ingratitud? Pero cualesquiera que sean, hermano mio, tantéalos y escríbeme francamente. En cuanto á mí, mientras necesites de mi existencia, y que me creas capaz de ir á conjurar un peligro que te amague, viviré. Pero fuera de esto, no puedo vivir; no hay en verdad, fuerza, prudencia ni paciencia que puedan aguantar tan acerbos dolores.

“Sé que para morirme hubo un tiempo mas favorable y mas útil; pero entre otros yerros que durante mi vida he cometido, lo he dejado pasar. No hablemos, pues, de lo pasado, esto seria abrir mis heridas y poner en evidencia mi tontería. La culpa en que no debo recaer y en que, te lo juro, no volverá á recaer, será la de soportar las miserias y la vergüenzas de esta vida mas allá del tiempo absolutamente útil para vuestra dicha y vuestros intereses. Así hermano mio, aquel que hace aún algun tiempo podía llamarse el hombre mas dichoso del mundo, por tu causa, por la de mis hijos, por mi mujer y por el origen de mi fortuna; aquel que hace ya tiempo se consideraba como el igual de cuantos hombres escelsos hay en el mundo y llenos de honores y favorecidos por la estimacion y el crédito; aquel ha caido en tal miseria, en tal ruina, que debe tomar un partido estremo, y no llorar vergonzosamente sobre la suerte que se le ha deparado á él y á sus deudos. Ahora me estás hablando de un cambio. ¿No vivo yo á tu costa? Ah! En esto me reconozco por muy culpable. ¿Qué cosa mas terrible podia preveer que considerar. te obligado á pagar á los á quienes debes, con tus entrañas y las de tu hijo. Y yo he recibido y derrochado en vano el dinero que el tesoro de la República me ha entregado para tí.

“Y sin embargo, Marco Antonio y Cepion han re-

cibido las cantidades que me has escrito se les diera. En cuanto á mí, lo que ahora tengo basta para los proyectos que estoy formando: ora estemos vencedores ora perdamos la esperanza, y no necesito de mas. Si nos sobreviniese algun grave entorpecimiento, soy de opinión que te dirijas á Craso ó á Calidio. Hay tambien otra persona de quien podrias valerte, Hortensio, pero no sé si puedes fiarte de él. Al mismo tiempo que aparentaba la mayor ternura para conmigo, manifestándoseme muy consecuente, ha intentado sin cesar, con Arrio, las cosas mas odiosas y mas perversas. Por causa de sus consejos fementidos y contando con sus halagüeñas promesas, he caido en el abismo.

“Sin embargo, guarda el secreto mas escrupuloso para que no nos opongán obstáculos. Además, por medio de Pomponio haré lo posible para que Hortensio te sea favorable. Hagamos lo posible para que algun testigo falso no nos haga aplicable aquel verso que se hizo circular contra tí á propósito de la ley Aurelia, cuando solicitabas la dignidad de edil. Nada temo tanto en este mundo que el ver á los hombres comprender la compasion que puedes inspirar para conmigo si es que te tienen consideracion, pues de lo contrario, los odios que me he acarreado se desencadenarán contra tí. Creo que Mesalo es tu amigo sincero. Supongo que Pompeyo, si no lo es, querrá

aparentar serlo. Pero, quieran los dioses que no tengas necesidad de acudir á ellos. Todo lo que arriesgo, es suplicarles que se contenten con las desgracias que nos abruman; ninguna de estas desgracias dimana de origen que pueda avergonzarnos. Aun mas, y lo siento entrañablemente, porque tal pensamiento me conduce á la duda, son mis acciones las mas generosas las causas de las persecuciones que sufro. No te recomiendo á mi hija, es tu hija; ni á nuestro Ciceron. ¿Hay acaso en el mundo alguna cosa que me haya causado algun dolor sin que tú participes del mismo dolor? Mientras tú vivas, hermano mio, mis hijos nunca serán huérfanos. En cuanto á lo demas, es decir, á la probabilidad de mi salvacion, á la esperanza de venir á cerrar los ojos á mi patria, no puedo escribirte nada, porque las lágrimas borran cuanto escribo sobre el particular. Cuida á mi Terencia, te lo ruego; y cuéntame cuanto por allí pasa. En fin, hermano mio, mantente tan fuerte y tan firme como la naturaleza humana permite en situacion tan aciaga y azarosa."

Las noticias que en esta carta pedia Ciceron á su hermano no eran muy á propósito para tranquilizarlo. Apenas supo su fuga, Clodio, ademas de publicar su destierro, como hemos dicho arriba, habia hecho quemar todas sus casas de campo, y despues de habitar un momento su casa del monte Palatino, aque-

lla famosa de tres millones y medio de sestercios, la habia derribado y mandado construir en su sitio un templo á la libertad.

No satisfecho con eso, habia puesto en venta los bienes del desterrado, sacándolos todos los dias á pública subasta.

Sin embargo, por mas baja que fuere la tasacion, debemos decir en obsequio de los romanos, que nunca osó ninguno ofrecer el precio de ella.

Eso por lo que respecta á Ciceron.

Veamos lo que hacian los demas.